

UN GRAN ORIENTAL

1000008

Santiago de Cuba ha de estar muy triste. La muerte de don Emilio Bacardí significa para Oriente un dolor no mitigado. Es una caída que no conforma nunca. Porque Bacardí era para la ciudad hirviente el patriarca inmaculado de la "casita criolla". Porque Bacardí era para los orientales el cubano "suyo" que por su noble prestancia de anciano y de paternal devoción representaba el acendrado regionalismo, el amor, primero, a su región, para después extenderlo a Cuba en una sola fe. El regionalismo en un gallardo alarde de lealtad y cariño podría decir, sin escrúpulo:—De no haber sido oriental, merecía serlo. Eso fué, sobre todo, don Emilio Bacardí: un oriental. Amó a la tierra nativa como el árbol que de ella se alimenta. Sus ochenta años fueron una dedicación constante al enaltecimiento de los méritos legendarios de su ciudad. Y a su vocación sin límites a destacar la histórica labor de Santiago de Cuba en la evolución cubana, contribuyó con sus mejores energías morales. De mente cultivada, de espíritu amplio, de ideales fervorosos, escribió cuanto supo. Su acervo de cultura fué desarrollando la raigambre indígena de aquella provincia y la Historia de Cuba le debe servicios inestimables para recogerlos en sus páginas de investigaciones.

Literato, sin vanidades, escribió solo para congratularse las intimidades sentimentales de su ser. Y siempre puso en las páginas que concibiera la sinceridad de su afecto, de su amor supersticioso por Santiago de Cuba. Mantuvo constante el diálogo bienhechor y edificante entre la individualidad y el paisaje. Y como era fuerte en su personalidad y el paisaje era vigoroso, de su corazón brotaba la obra fraternal sin esfuerzos. Para él lo más grato, lo mejor, lo más sugestivo estaba en su vida santiaguera. La Naturaleza había allí puesto de marco a la Sierra Maestra. Contemplando, con arrobamiento, el recuerdo del panorama sugerente de los montes orientales, se envanecía, suspirando, porque otras tierras no daban aquellos contornos de luz, aquellas visiones azules, aquellos crepúsculos de incendios...

A la patria le dió su voluntad y su concurso decidido. Cubano, se enfrentó con los poderes coloniales, y un libro interesantísimo de don Emilio Bacardí se refiere a su destierro. En la paz, cuando el civismo no es solo de conquista sino de reconstrucción, ascendió a la Alcaldía municipal de Santiago de Cuba. Afiliado a un partido político, no se distanció de sus convecinos y dejó una herencia de proba administración que aún se menciona con emocionante nostalgia. Gran ciudadano se apartó—naturalmente—de la política del Comité. No quiso contender más en las rivalidades de banderías, quizás un poco desengañado, y desde su casa, con tesón inquebrantable, intensificó la esperanza de unos días mejores y de unos triunfos más acabados para la República. No se encerró, como otros, en el silencio sibarítico de su fortuna. Sin abandonar el trabajo que le sostenía una situación económica preponderante, influyó con su consejo en la vida activa de la nacionalidad. Y ahora mismo, cuando la turba pasional, nos hiere, a don Emilio Bacardí se le señalaba como un valor en reserva para los empeños rectificadores del patriotismo.

Nadie discutía su austeridad. Nadie ponía en duda su cariño por la noble ciudad oriental. Nadie prescindía de su sencillez, de su competencia, para unir en una opinión a todos los orientales. Por esa esencial virtud de simpatías, don Emilio Bacardí representaba a través del tiempo, el ejemplo a seguir. Cae tronchado por los años. Estaba en pleno vigor de la senectud conservada. Aún acariciaba proyectos. Su optimismo creador le animaba. Santiago de Cuba acoge la fatal noticia, el accidente inevitable, transida de pesar. Después de don Eudaldo Tamayo Pavón, don Emilio Bacardí. Es, como diría Ortega y Gasset, la ausencia de los mejores. Son, como diría EL MUNDO, los pilares que vacilan. Apuntemos pronto el hogar, por la patria y en nombre de la patria.

1000008
Bacardí
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA